

mundo y acaso á los de Dios ¹. — En su calidad de sacerdotes y de amigos de los pobres, los amigos de Dios, la mayor parte de los santos, grandes señores y grandes propietarios, *sacudian*, si podemos decirlo así, como el *polvo de sus sandalias*, sus patrimonios á trueque de las esperanzas futuras y aun de las realidades presentes. Y entre otros mil : — S. Antonio el *grande*, S. Ambrosio de Milan, S. Cipriano de Cartago, S. Paulino de Burdeos, S. Carlos Borromeo; — y aquel S. Homobono, ilustre hijo de un mercader de Cremona enriquecido; — en la misma época, un Oton, renunciando primeramente á la corte del emperador su padre, para ser un humilde obispo, y luego al mismo episcopado para entrar de religioso mas humilde todavía, en la abadía de Morimont, en Francia; — otro Oton, mas ilustre todavía, su predecesor, y sin duda su suscitador, sucesivamente canciller del em-

¹ El sacerdote (no hablamos sino del verdadero y del bueno) solo tiene los excesos de la caridad, y estos excesos helos aquí : « El autor de una vida de san Luis trae una anécdota muy curiosa. Un padre dominico, agregado á la corte del santo rey, vió á un religioso que llevaba en una mano una tea encendida y en la otra un vaso lleno de agua, y habiéndole preguntado para que queria aquellos dos objetos : — Con este fuego, respondió, quiero quemar la gloria, y con esta agua apagar el infierno, á fin de que en lo sucesivo Dios sea amado por sí únicamente y porque lo merece. » ; Feliz el sacerdote, dice Liguori, cuyas acciones todas tienden al Señor! Así imitan á las almas de los bienaventurados que segun el testimonio de santo Tomás, *potius volunt ipsum esse beatum, quam ipsas*. La felicidad de Dios les causa mas alegría que la suya propia, porque aman al Señor mas de lo que se aman á sí mismas. »

perador Enrique IV, obispo de Bamberg, apellidado el *Apostol de la Pomerania*, cuyo primer duque Uladislao convirtió, y en fin canonizado. En 1739 se publicó su historia en Bamberg, con gran lujo tipográfico, bajo el título de *Mundi miraculum sanctus Otho*, etc.....

En otros tiempos, iguales sacrificios : — Bernardo, hijo de un procurador general en el Parlamento de Dijon, se despojó de una hacienda de 400,000 francos (1,600,000 reales) que valdria hoy ocho veces mas, por llenar mejor su mision de *pobre sacerdote* (así se le llamaba) que le valió la admiracion del siglo de Luis XIV.....

¿Y no se le ha de tener en cuenta tambien al sacerdote lo mucho á que renuncia para llegar á serlo?

..... En el siglo XVI, se vió al hijo del mas poderoso y del mas glorioso rey del universo, al que elevó á tanta altura el Portugal y la España con los descubrimientos del Nuevo Mundo, al hijo de Manuel el Grande, entrar en el sacerdocio, ir habitualmente á las casas de los enfermos mas pobres, llevádoles el Viático en una mano y limosnas en la otra, y suscitar á su pais el ilustre Luis de Granada, á quien sus predicaciones y sus obras han colocado en primera linea entre los grandes hombres.

Y en el siglo siguiente, el hijo de un dux de Génova, la soberbia, ya embajador en la primera

corte de Europa y, á mayor abundamiento, uno de los mas grandes *Historiadores de España*, y de los mas grandes poetas de Italia, el conde Antonio de Briñola, desengañado de las grandezas del mundo cuando murió su muger en la flor de la edad, entró de simple novicio en la compañía de Jesus, se elevó en breve á la esfera de los mas ilustres misioneros, y mereció tener por *historiador* á un Visconti.

Hay sacerdotes, y muchos, á quienes no titubeáramos en llamar dioses de *segunda magestad*; si entre ellos hubiéramos de preferir á uno este seria San Francisco Javier, en esta página de su vida. — « El buque á cuyo bordo iba el Santo Misionero con rumbo á Cocin, se vió acometido en el estrecho de Ceilan por una furiosa tempestad, de modo que fué preciso tirar al mar todas las mercancías; el piloto, incapaz de regir el timon, abandonó la nave á merced de las olas: por espacio de tres dias y tres noches, tuvieron continuamente delante de los ojos la imagen de la muerte. Javier, despues de haber oido las confesiones de toda la tripulacion, se prosternó á los pies de un crucifijo, y oró con tanto fervor, que estaba como arrobado. El buque, arrebatado por la marejada, iba ya á estrellarse en los bancos de Ceilan, y los marineros se creían perdidos sin recurso; entonces el santo sale de su camarín, donde se habia encerrado, pide al piloto la maroma y el plomo que servian para sondear la mar, y los dejó caer hasta el fondo pronunciando

estas palabras: *Dios mio, Padre, Hijo y Espiritu Santo, tened compasion de nosotros....* En el mismo instante párase el buque, calma el viento, continuan los navegantes su viage y llegan en fin felizmente á Cocin, el 21 de enero de 1548. » — Desde Cocin, Javier escribió á los padres de la compañía que estaba en Roma, y les refirió el peligro que habia corrido en el estrecho de Ceilan. « En lo mas recio de la tempestad, decia, tomé por intercesores cerca de Dios, á las personas vivas de nuestra compañía, y luego á todos los cristianos.... Recorri las gerarquias de los ángeles y de los santos y las invoqué todas.... Reclamé sobre todo la proteccion de la Santísima Madre de Dios, la reina del cielo. En fin, habiendo puesto toda mi esperanza en los infinitos méritos de Nuestro Señor Jesucristo, protegido de aquella suerte, sentí una alegría mas grande en medio de aquella furiosa tormenta que cuando me vi enteramente fuera de peligro; y en verdad que siendo, como soy, el mas malo de los hombres, me avergüenzo de haber derramado tantas lágrimas por un exceso de alegría celeste, cuando estaba á pique de perecer; por eso pedia humildemente á nuestro Señor que no me libertase del naufragio que nos amenazaba, á menos de que me reservase á mayores peligros para su gloria y para su servicio. Muchas veces me ha hecho conocer Dios de cuantos peligros y de cuantas penas me han sacado las oraciones y los sacrificios de los de la compañía..... Si algun dia lo olvido, ¡oh compa-

ña de Jesus, séame inútil mi mano derecha y olvide hasta su uso! »

Pero ya es tiempo de que veamos al sacerdote en presencia de una revolucion dirigida toda contra él, pero tambien para él.

Como el clero tuvo el mérito de preverla, tiene el de no admirarse de ella y aceptarla á toda costa. Todos conocen las ofertas espontáneas y generosas que hizo al Estado de una suma que, bien empleada, hubiera sido mil veces capaz de llenar el *deficit*¹; pero aquel *deficit*, que algunos llamaron *afortunado*, era en efecto un pretexto demasiado plausible para quitado de en medio: los proletarios de entonces que querian alzarse con todo el capital de los propietarios, no podian contentarse con una parte de él. — La injusticia, la ingratitud y la perfidia de los legos dieron ocasion, á la resignacion del clero, y, en cambio de algunos apóstatas, engendró millares de mártires.

El P. Lambert, *Apologista de la Religion católica* contra las calumnias de sus enemigos, les dijo: « Recobre ó guárdese el siglo los falsos bienes que con tanta frecuencia perjudican á la religion y que de ningun provecho pueden serle, *ut non obsint di-*

¹ Sabido es que el espantoso *deficit* en que quedaron alcanzadas las rentas del Estado en los últimos años del reinado de Luis XVI, fueron el origen inmediato de la revolucion francesa. Las verdaderas causas de este grande acontecimiento son demasiado conocidas para que sea necesario recordarlas aquí, cosa que, ademas, no vendria á cuento. — N. del T.

vitæ: nam prodesse non possunt. SAN AGUSTIN, *in Psal.* 85. Si el emperador codicia los bienes de la Iglesia, que los tome; ninguno de nosotros se opondrá á ello. Que nos los quite, si quiere; no los doy, pero no los rehuso. » SAN AMBROSIO.

Unos abandonan gloriosamente una ingrata patria, ó mas bien una patria que ya no existia, y hallan otra en la que el clero fué el primero en acogerlos y agasajarlos.

Obispo hubo en España que hizo por los sacerdotes franceses, fugitivos del patíbulo, mas que todos los reyes juntos. « Todos los desgraciados hallaban en el cardenal de Quevedo, obispo de Orense, en Galicia, un arrimo, y todos los afligidos, un consolador: de ello se vió un ilustre ejemplo en su admirable conducta con los eclesiásticos franceses desterrados de su pais. Recibió y dió asilo en su ciudad á aquellos nobles proscritos, no por algunas semanas ó por algunos meses, sino por espacio de muchos años consecutivos.... Sobre unos ciento cincuenta estaban hospedados en su quinta, inmediata á la ciudad, y hasta en su palacio episcopal: á todos los socorria, y la mayor parte no tenian mas recurso que sus beneficios. En una de sus cartas, escrita al señor presbítero de Villeneuve, decano del cabildo de Angers, y vicario general de la diócesi, hace el prelado grandes elogios de la firmeza de los sacerdotes franceses, y anuncia que recibirá, no solo á los doce que le proponia M. de Villeneuve, mas tambien á otros ocho de que este le hablaba y

aun á todos cuantos quisiera enviarle, « cualquiera
« que fuese su número. Por ellos haremos con el
« debido celo todo lo que la caridad exige, conside-
« rando como una felicidad ofrecerles algunos ali-
« vios y participar así del mérito de sus padecimien-
« tos, una vez que la paz de que disfrutamos bajo
« el cetro de un monarca piadoso, no nos ha per-
« mitido hacerlo de otro modo. »

« No hay ejemplo de que la multitud de sus cargas le haya hecho ser sordo á ninguna súplica. Tuvo que luchar contra varios agentes de la autoridad, á quienes todavía daban cuidado los sacerdotes franceses, y que no tenían vergüenza de perseguir á hombres ya tan desgraciados: — salió fiador de aquellos valerosos refugiados, y obtuvo que los dejasen tranquilos en los asilos que él les había proporcionado, diciendo públicamente que cuantos mas llegasen á su diócesi, mas feliz se consideraría. Sus casas, decia con la amabilidad que le era característica, eran por lo menos tan seguras como comunidades, y su superioridad valia tanto como otra cualquiera. Se ha calculado que el gasto que hacia por nuestros sacerdotes ascendia á mas de 80,000 fr. (320,000 rs.), sin contar sus limosnas ordinarias, que en nada disminuían, y sin embargo las rentas de su obispado no llegaban á 60,000 fr. Parecia que la Providencia multiplicaba sus bienes en las manos del hombre que no se consideraba mas que como el repartidor de sus dones.

« ¿Hablaré de algunos hechos aislados en que

brilla singularmente la ardiente caridad del prelado? Un sacerdote que habia tenido ocasion de presentarle varias solicitudes en favor de sus colegas, cayó enfermo y fué á mas de cien leguas de la capital desde donde habia escrito al señor de Quevedo. Logró este sin embargo descubrir el lugar de su retiro: « ¿Por que, le escribió, por que, vos que habeis tenido la caridad de esponerme á veces las necesidades de los demas, me ocultais las vuestras? Ahí os envié una letra de 3,000 reales, que no es mas que el principio de lo que deseo hacer por vos. » Unos religiosos de su diócesi le regalaron una mitra perfectamente hecha de hojas de palma: el señor Quevedo se la envié al señor obispo de L. R., quien la conserva todavía, y acompañando este presente de una delicadeza que realzaba su valor, le escribió: « He recibido una mitra de palma; he querido probarla y he visto que no me viene. Aunque desde lejos, he tomado las dimensiones de vuestra cabeza, y he visto que mi mitra parecia hecha espresamente para ella. »

« Un prelado francés, que pasó muchos años á su lado, escribia á un eclesiástico, hombre de mucho provecho, quien nos ha comunicado estos curiosos pormenores: « Aquí nos hallamos muchos maestros, pero ni uno siquiera digno de ser el discípulo de este sabio obispo. » Tal es la opinion que ha dejado el ilustrisimo señor Quevedo. Los desterrados á quienes socorrió con tanta generosidad tienen una viva satisfaccion en publicar el profundo aprecio que les

habia inspirado su bienhechor; en prueba de él hicieron grabar en Madrid, hace ya años, su retrato, que tuvo mucho despacho, merced á la reputacion de santidad del prelado, y el producto de la venta se consagró al socorro de los franceses pobres, de todas clases. Esta muestra de sensibilidad y de respeto enterneció al señor Quevedo, quien escribió con este motivo una carta muy patética al prelado frances que habia dirigido la ejecucion del grabado. — Este envió copias á sus colegas, refugiados en Inglaterra, igualmente que á los príncipes de la familia real retirados en la misma isla, y les notició las virtudes y los servicios del obispo de Orense. El príncipe heredero, conde de Artois¹, encargó espresamente al prelado de quien hablamos que diese las gracias en su nombre al bienhechor del clero frances, y aquella atencion del escelente príncipe conmovió particularmente al señor Quevedo, muy adicto, como lo probó mas adelante, á la sangre de los Borbones.

« Otro prelado se mostró el generoso bienhechor de nuestro clero proscrito; tal fué el cardenal de Lorenzana, arzobispo de Toledo, que falleció en 1804. Aquel sabio y piadoso prelado competia con el obispo de Orense en delicadeza y desprendimiento; se asegura que mantenía él solo hasta quinientos sacerdotes franceses. Verdad es que gozaba inmensas rentas: el arzobispado de Toledo redituaba

¹ Que luego reinó bajo el nombre de Carlos X. — N. del T.

16 millones de reales, pero el cardenal hacia de ellos el uso mas noble y era *pobre en espiritu* en medio de su opulencia.

« El obispo de Orense, dice M. de La Borde (*Itinerario de España*), habia hecho de su palacio episcopal un hospicio donde hospedaba á trescientos eclesiásticos franceses condenados al destierro en tiempo de la revolucion. Aquel prelado comia en su compañía, y se rehusaba toda especie de comodidades que no hubiera podido proporcionar á aquellos desgraciados.

« Casi todos los obispos de España ejercieron esta santa hospitalidad. El cardenal de Lorenzana, arzobispo de Toledo, mantuvo constantemente quinientos sacerdotes franceses.

« Como hubo tiempos en que se juntaron en España hasta catorce mil sacerdotes, y como este país dió tambien hospitalidad á muchas religiosas y familias de emigrados, puede evaluarse el gasto del reino en favor de los franceses en 80 millones de francos (sobre 330 millones de reales). Añádase á esto que Carlos IV durante la revolucion y Fernando VII durante los cien días se comportaron con sus augustos parientes cual dignos hijos de Luis XIV. »

Los *Heroes* ó los *Mártires de la Fe*¹ durante la re-

¹ Los falsos mártires, ó los mártires de la libertad, no son mas que especies de Brutos suicidas; los Decios, los Regulos, los Scévolas, en un orden: los Sócrates y los Sénecas, en otro. Los mártires de la filosofía ó de la reforma nunca fueron el remedo, sino la oposicion de los mártires de la iglesia católica. Gerónimo de

volucion francesa son casi tan numerosos y aun tan ilustres como los mártires de los mejores tiempos de la iglesia, y ya han merecido sabios y numerosos historiadores¹. Todas las órdenes de la religion tuvieron victimas heroicas, y sobre todo en los *Carmelitas*, en la *Abadia* de Paris, y en la *Nevera* (Glacière) de Aviñon; en las cárceles de Leon, de Nimes, etc.; donde brillan los Dulau, arzobispo de Arles, los hermanos Larochevoucauld, obispos de Beauvais y de Saintes, uno de los cuales rehusó salvarse sin salvar al otro: los hermanos Guerin de Rocher y Bonnaud, sabios ilustres y virtuosos jesuitas; — los PP. Lanfant y Charton de Millon, célebres oradores del púlpito; — Gagneres de Gange, profundo matemático; — Hebert, superior de los Eudistas; — el presbítero de Fenelon, el *Nestor del clero*: ocho directores de San Sulpicio; — el sabio dominico Richard, autor del *Diccionario universal* y del su-

Praga, Juan de Leyde, Servet, Spifame, Vallée, Brunus, Vanini, Campanella, etc., Brusson, Crammer, etc., son tan famosos por su resistencia como nuestros mártires por su resignacion. El mismo Laud, arzobispo de Cantorbery, cuya muerte es distinta de las de aquellos, creyó verdaderamente salvarse renegando, en su defensa, á los jesuitas, y la acusacion de haber querido restablecer la autoridad papal y de atentar al poder de las cámaras...

¹ El mas antiguo es el presbítero d'Auribeau, en sus excelentes *Memorias para servir á la historia de la persecucion*, publicadas en Roma en 2 tomos, en 1797, por orden de Pio V. Los mas notables entre los otros historiadores de la Iglesia, en esta época, son el abate Sicard en los *Anales* anteriores al *Amigo de la Religion*, los presbíteros Carron y Guillon, etc., etc.

blime *Paralelo de los Judios que crucificaron á Jesucristo con los franceses que han asesinado á su rey*; — los hermanos de Hercé, obispos de Nantes, y otros muchos que seria prolijo enumerar.

Véase aquí uno de la *Nevera de Aviñon*: » Antes de que se inmolasen tantas victimas en la capitol, el feroz Jourdan, justamente apellidado *corta cabezas*, habia ya hecho degollar mas de sesenta en Aviñon, y habia tenido cuidado de elegir las entre los ciudadanos mas estimables. La que mas llamó la atencion fué M. Nolhac, antiguo rector del noviciado de los Jesuitas en Tolosa, y luego, por espacio de treinta años, cura de la parroquia de san Sinfiriano en Aviñon, hombre considerado en toda la ciudad como el padre de los pobres, el consolador de los afligidos, el refugio de los desgraciados, el consejero de todos los ciudadanos, títulos que le valieron el ser encerrado en el castillo, la vispera del dia en que debian sacrificar en él tantos presos. Fué su aparicion para aquellos desgraciados que le conocian y le reverenciaban todos, la de un angel consolador; sus primeras palabras las de un apostol enviado para salvar sus almas. » « Vengo á morir « con vosotros, hijos míos, les dijo: todos compa- « receremos juntos delante de Dios. ¡Cuanto le agrada « dezco que me haya enviado para preparar vues- « tras almas á presentarse ante su tribunal supremo! « Ea, hijo míos, los momentos son preciosos; ma- « ñana, tal vez hoy, no estaremos ya en este mun- « do; ea, dispongámonos por medio de una sincera

« penitencia à ser felices en el otro. No quiero dejar perder una sola de vuestras almas : añadid à la esperanza de que Dios me recibirá en su seno , la dicha de poder presentaros à él como hijos cuya salvacion me ha confiado. » Al oír estas palabras, todos caen à sus pies, abrazan sus rodillas sollozando y confiesan sus culpas : él los oye , los absuelve, los abraza con aquella ternura que siempre profesó à los pecadores , y tuvo la fortuna de verlos à todos dóciles à sus exhortaciones paternas : mas pronto la voz de los bandidos llamó à sus primeras víctimas. Esperábanlas à la puerta de la fortaleza : allí , à derecha y à izquierda , dos verdugos apostados , alzando y dejando caer sobre ellas con toda su fuerza una gran barra de hierro , las asesinaban de un solo golpe : luego entregaban el cadaver à nuevos verdugos que despedazaban sus miembros y los desfiguraban con los sables para poner à los amigos y à los pacientes de las víctimas en la imposibilidad de reconocerlas : en seguida las echaban en aquel pozo infernal, llamado *la nevera*. M. de Nolhac exhortaba, abrazaba, animaba à los desgraciados à quienes iban llamando por su turno : tuvo el consuelo de ser llamado el último , y de no presentarse à su Dios sino despues de aquellas sesenta almas , que todas iban llevando al cielo la nueva de su heróico celo y de su incontrastable constancia. Cuando fué permitido sacar los cuerpos de la nevera , apresuróse el pueblo à buscar entre ellos el de su buen padre , que hallaron al fin cubierto de cincuenta heridas : un cruci-

fijo que llevaba al pecho y sus vestidos de sacerdote se le dieron à reconocer. Todos se disputaban los pedazos de sus vestidos como si fueran reliquias , y por espacio de ocho dias fué preciso dejar aquellos preciosos despojos espuestos à la curiosidad y à la veneracion del pueblo, que siempre acata la verdadera virtud cuando no está alucinado por los que tienen interes en desacreditarla. »

Sacerdote hubo que debió à una providencia especial la gloria del martirio , sin el martirio , y para la salvacion y la gloria de sus verdugos. He aqui algunos rasgos poco conocidos de la vida , durante y despues de la revolucion de 1793 , del presbitero de Cagny , à quien hemos conocido siendo cura de una parroquia de Paris : los sabemos por persona que fué testigo de ellos : » Mucho tiempo hacia que estaba designado à los verdugos *del 2 de setiembre* por algunos cabecillas del *comité insurrecteur* (junta insurrectora) de la *commune* (cuerpo municipal) de Paris. Su mansedumbre , su piedad , su tierna y activa caridad , al paso que le hacian ser un objeto de veneracion para los hombres honrados y sensatos , habian escitado el odio y la envidia de ciertos sacerdotes apóstatas , nuevamente iniciados en los misterios patrióticos de los facciosos. Sin embargo los patriotas de su seccion , que casi todos le eran favorables , se reunieron para salvarle à los amigos que tenia en el partido contrario : en una palabra , libértase de las matanzas *del 2 de setiembre* , merced à sus amigos hospitalarios que le ocultaron en sus casas cada

cual por su turno..... Un día en que estaba en su oratorio católico romano, en el palacio de Serilly (ocurrió esto el domingo de *septuagésima*, 24 de enero de 1796) mientras estaban cantando una misa mayor, entró de repente una cuadrilla de satélites, y *Ravault*, comisario de policía de la sección llamada de la *Butte des Moulins*, que los capitaneaba, eligió el momento en que el celebrante estaba en mitad del Prefacio para cogerle de un brazo mandándole *que le siguiese en nombre de la ley*. Quiso Cagny proseguir el Prefacio, y como el comisario se oponía á ello: — « Esperad, le dijo Cagny, á que haya acabado la celebracion de los santos misterios: despues de la misa, os seguiré de grado, pero solo la muerte podrá arrancarme del altar en tanto que no esté consumado el comenzado sacrificio..... » Años despues, Cagny, predicando en su iglesia sobre los excesos cometidos en tiempo del terror en los templos católicos, aprovechó aquella coyuntura para hablar de los destrozos hechos en la iglesia misma en que á la sazón se hallaba. « Acaso algunos de los autores de tales profanaciones, exclamó con dolor, están ahora entre mis oyentes.... ¡ Señor! ¡ Ojalá sea así para que lloren su culpa! Vuestra mano paternal es la que los ha conducido aquí, para que, arrepentidos, vuelvan á vos en la sinceridad de su corazón! » Estas palabras pintan al ministro de paz mucho mejor que cuanto pudiera yo decir en su elogio. En efecto, el principal autor de los destrozos se hallaba entonces en la iglesia: al

oír las palabras de Cagny, se desmayó; tuvieron que llevarle á su casa, cayó enfermo, abjuró lleno de contrición sus errores, no quiso volver á oír hablar mas que de los consuelos de la religion, y tres días despues murió como mueren los justos. »

Aun no pasado medio siglo¹, la Iglesia de Francia acaba de tener nuevos martirios sublimes y entre otros, los de sus inmortales misioneros en Cochinchina, Gagelin, Jaccard, Marchand, etc. « Yo por mi parte, escribia el primero á sus hermanos de las misiones extranjeras de Paris, en una carta autografa que tenemos á la vista, estoy bien de salud, á pesar de la debilidad de mi complexion: me parece que estoy tan fuerte como los años anteriores, y con la gracia de Dios podré sostenerme. Por lo demas, soy un pobre jornalero; veo que hay mucha tarea, y hago poca. Cuando pienso en las dificultades y en la estension de mis obligaciones, siento con frecuencia vivas inquietudes, y temo mucho ser tratado algun día como un mal servidor; temo sobre todo que mis culpas y mis imperfecciones sean un obstáculo á los designios de Dios sobre mi; pero por otra parte, cuento mucho con el auxilio de las oraciones de las almas piadosas. Esas buenas almas

¹ Uno de los mas admirables martirios intermedios es el de Gabriel Taurin du Fresse, ajusticiado en China en setiembre de 1815, despues de unos cuarenta años de un apostolado magnífico en las Indias. Pio VII casi canonizó á aquel grande hombre, proclamando cinco cardenales en la alocucion misma elevada á su gloria.